

EL CICLISTA (inspirado en hechos reales)

Una carretera recta y vacía. El sol desploma toneladas de luz sobre el asfalto gris y lo convierte en un duro reflejo de color ultra blanco, hiriente para los ojos. A lo lejos, tras las ondulaciones y arabescos que produce el calor, un par de motos vienen a gran velocidad. Pasan como un suspiro. Tras ellos, en fila de a uno y a pocos metros, otra moto con un cámara de televisión en el asiento trasero, un ciclista y un coche.

—Dale fuerte, Patxi, sube. Siguiente curva a la derecha con ligera pendiente hacia abajo. Mete plato a tope. Vamos machote que ya es tuyo. Estás a solo 3 segundos de Perignon.

Sí cabrón sí, piensa el ciclista. Meto lo que puedo. A Perignon me lo comeré con patatas fritas. No ves que voy sobrao... Sí... curva a la derecha. Subo plato, bajo piñón, ya eres mío Perignon. ¡Allez-y!

La carretera cae cuesta abajo. Los árboles enfilados en estricto orden marcial con copas rebosantes de hojas nuevas y tallos primaverales de color amarillo y violeta, sombrean amablemente el paso de la comitiva ciclista. Un paisano y su mujer saludan con grandes aspavientos a la cámara de televisión que los enfoca un rato.

—Patxi, maricón, que vas hacia abajo. Aprieta fuerte —grita el director deportivo.

—Pues claro —balbucea asfixiado el ciclista—. ¡Crees que soy tonto? Uno, dos, uno, dos, uno, dos. Bajando.

—Recuerda el túnel del viento, Patxi. No existe el viento. Vuela tío, vuela.

Piernas, vamos a romper la cadena de la bicicleta. Me estampo a toda prisa, traspaso muros, se imagina el ciclista. No hay pared que valga. Allá voy.

Cartel de 20 kilómetros a meta. El ciclista con la lengua fuera y la boca entreabierta comienza la subida de un tramo de no más de 500 metros con una pendiente del 10 por ciento. Escupe enormes gargajos de saliva. Algunos se posan sobre los faros y la matrícula del coche, y con la velocidad se despedazan en minúsculas gotas que se mueren en el aire o se esconden entre el caliente motor para evaporarse. Otros impactan sobre las gafas de color negro del director deportivo que tiene casi medio cuerpo fuera de la ventanilla.

—¡Joder, Patxi! —grita el director deportivo mientras limpia las gafas y se toca

asqueado la cabeza—. Cuidado con los escupitajos y acelera, que parece que te pesen los *güevos*. Estás otra vez a 10 segundos y quedan 20 kilómetros para meta.

¡Tu puta madre, Mauricio, piensa enfadado el ciclista. ¿Quién cojones crees que empuja la bicicleta? Olvídalos Patxi, olvídalos. Tú a lo tuyo. Asfalto, asfalto. Suelo gris, suelo gris. Una pedalada, dos, tres, cuatro.

Un pueblo rural francés. Una iglesia de torre puntiaguda corona las calles empedradas del lugar y sobre éstas un helicóptero vuela siguiendo la marcha temblorosa del ciclista sobre el pavés. Grupos de gente se agolpan a ambos lados de la carretera y en los balcones. Algunos, los más, golpean con insistencia las vallas publicitarias que los mantienen a raya del recorrido oficial. Gritan, berrean, inyectan adrenalina en el cerebro del ciclista.

—¡Atento a la siguiente curva! 180 grados a tu izquierda. Frena y sube 2 piñones; o sube 3, que luego tienes un repecho rompe piernas.

Sí señor, sí mi amo. Freno y cambio, freno y cambio, planea el ciclista. ¡Eh!, ¿eso parece...?

—Patxi por el amor de Dios. ¡Cuidado!

En pleno final de curva, la rueda delantera pisa una mancha negra y el ciclista frena. La bicicleta caracolea durante unos breves y electrizantes dos segundos en los que el ciclista trata de domar la máquina como un vaquero en un rodeo y donde el apoyo de su pie izquierdo sobre el suelo levanta el cuerpo medio metro en el aire dejándolo caer a plomo de nuevo sobre el duro sillín.

—¡Auh!... —se duele el ciclista—. ¿Ahora me lo dices? —gruñe entre dientes.

—Avísame antes, mamón, que para eso estás pendiente de la carretera. ¿Quién me manda ponerme a las órdenes de semejante inútil?

—Patxi, se veía venir esa mancha, ostias. Dale más duro pedazo de animal —vocifera el director deportivo—. Con ese resbalón nos han comido 4 o 5 segundos.

Animal tu padre, cavila para sí mismo el ciclista. ¡Joder!, habrá visto semejante canalla. ¿Cómo me tratas así? ¿Quién coño te crees? Te vas a enterar de lo que da de sí un superdotado de la bicicleta. Te vas a enterar.

Un cartel indicativo de dos kilómetros a meta. Al fondo despunta la Torre Eiffel. Un grupo de aficionados irrumpen con sus gritos y algaradas el paso de la bicicleta y del coche deportivo por un puente. Aporrean bombos, gritan con desespero, y sacan más de medio cuerpo de la valla separadora. Portan banderas naranjas y de Euskadi con las que acarician el lomo del ciclista.

—Allez, allez, allez, Patxi! Te has vuelto a colocar a 3 segundos de Perignon. Eres un monstruo, tú sí que vales. Sigue así, sigue ese ritmo. Uno, dos, uno, dos.

Ahora me das ánimos hijo de puta, brama entre dientes el ciclista. Me comeré los *güevos* de Perignon, sí señor, y los tuyos si hace falta, y el año que viene me cambio de equipo. Adiós, au revoir Mauricio. ¡Toma patada, toma! ¡Dale, Patxi, dale!

El ciclista y el coche, atraviesan como una exhalación el paso que señala el último kilómetro.

—¡Patxiiii, último kilómetro! —grita desesperado el director deportivo—. Por tu madre, acelera que seguimos a 3 segundos. No te pierdas, no te dejes vencer. Sufre, mi tiarrón del norte, sufre y muere en la bicicleta.

Muere tú, mariconazo, piensa el ciclista. No ves la cara de estúpido resabiado que gastas. ¿Y esa coronilla de monje que te adorna la cabeza? Adorna no, te ridiculiza. Pareces un monstruo de feria.

Unos gendarmes franceses cortan el camino al coche que se introduce a un lado de la carretera. El ciclista continúa su pedaleo vertiginoso.

—¡Vamoooos Patxi, vamos campeón!, que solo quedan 500 metros. Aquí me quedo. Nos vemos en la meta. ¡Pisa Patxi!, pisa fuerte que lo tenemos a huevo.

Sí Mauricio, quédate ahí con tu puto coche descansando. No me llames. Olvídate. Voy a por ti Perignon. Voy a por ti. La carrera es mía.

En meta un locutor se desgañita a través de los altavoces, amenizando al gentío que apiñado en los aledaños de la llegada, se revuelve a base de golpes y empujones para coger el mejor sitio. El ciclista cruza como una exhalación ante el clamor de la afición francesa, que trata de frenarlo con sonoros abucheos, y la afición vasca y española que lo anima con berridos de violencia desesperada.

—¡Paaatxi Unceta va como una bala señoreeee! —chilla el locutor dejando arrastrar los principios y finales de frase—. Su cuerpo está al límite. Lleeeva un duro pedaleo que hace rugir su máquina hasta el fondo de la metaaaaa. ¡Allez, Patxi, allez! Tan solo a un segundo de Fabrice Perignon. A un segundo de la gloria, un segundo donde solo están los mejores. Y Perignooooon no lo ha puesto fácil. Noooo, señor.

¡Vamos línea blanca, ya eres mía! A por la meta, a por Perignon, a por el Tour. Uno, dos, uno, dos. Piernas, rodar, piernas rodar. Un segundo, ¿que es un segundo?

Rabioso, pedalea con una dureza inusitada. Sus brazos balancean el manillar con violentos golpes a izquierda y derecha. Sus ojos lagrimean inyectados en sangre. El corazón se dispara a más de 190 pulsaciones al minuto. El ritmo es incansable. Cruza la

meta. La afición francesa estalla de júbilo. El cronómetro sobre la línea de llegada se paró en 1 hora, 6 minutos y 34 segundos.

—¡Incroyable, Monsieurs-Dames! Por un segundo, por tan solo un segundo Perignon se ha convertido en el ganador del Tour dejando a Patxi Unceta en la estacada. ¡Qué final, qué emoción, qué suspense, qué belleza de carrera, qué Tour de France! Nunca habíamos visto algo así. Toda la carrera decidida por un segundo. ¡Gloire a Fabriç Perignon!

A escasos 20 metros de la línea de meta el ciclista, con la cabeza apoyada sobre el manillar, trata de tomar aire asediado por una jauría de periodistas que lo acosan a base de empujones y preguntas.

No puede ser, discurre la mente del ciclista. Mauricio, hijo de puta, me prometiste que esto no iba a pasar, que lo tenías todo controlado. No me lo puedo creer.

—¡Patxi, Patxi!, estoy aquí —grita el director deportivo—. Dejarme pasar, ostias. Has estado cojonudo. No ha podido ser. Hacerme un hueco, me cago en la Virgen.

Sí, acércate que te voy a matar, reflexiona el ciclista. ¿Estos son tus métodos? ¿Esta es tu eficacia probada? Qué ridículo más espantoso. Perder por un segundo.

Un fuerte acople sale de los altavoces e inunda con un pitido extremo el desorden producido en la meta. El ciclista alza su cabeza hacia el cielo y se tapa los oídos al igual que el cortejo de periodistas y aficionados que lo rodean.

—¡Incoyable Monsieurs-Dames! Hubo una confusión. El tiempo final de la contrarreloj de Patxi Unceta es de 1 hora, 6 minutos, 33 segundos y 300 centésimas de segundo. Por tanto, proclamamos virtual vencedor del Tour de 1996 a Patxi Unceta con una diferencia de 500 centésimas de segundo con respecto a Fabriç Perignon. ¡Medio segundo!

La afición vasca y española levanta los brazos en señal de felicidad total. Un aficionado francés aporreá con el palo de la bandera a un seguidor vestido con un maillot naranja. Este le devuelve el golpe con una patada en el costado. Se produce un tumulto. Mientras tanto el director deportivo se acerca exultante hacia el ciclista, más agobiado aún por la multitud de periodistas que, micrófono y cámara en mano, pelean por coger el sitio adecuado para acribillarlo a preguntas.

—Patxi, ¿cómo te sientes?, ¿a quién dedicas este Tour?

—Patxi, Paaaatxi, —grita Mauricio excitado. La emprende a empujones para acercarse a su ciclista—. ¡Medio segundo, tío, medio segundo! ¡Brutal!

—Patxi, ¿qué le dirías a Perignon, a los aficionados? —continúan los periodistas.

—¡Patxi, cabronazo! —irrumpe chillando de alegría el director deportivo—. Ven aquí, tío. Lo hemos conseguido. El Tour es nuestro. ¡Te lo dije, te lo dije!

El ciclista agarra por el cuello al director deportivo y aprieta fuerte. Por unos instantes Mauricio siente la falta de aire.

—¡Cabronazo tú, Mauricio! —grita el ciclista apretando las manos—. Medio segundo, joder. Medio segundo pero... lo hemos conseguido. ¡Sí señor! ¡Eres el mejor, tío! ¡Te quiero, Mauricio, te quiero!

El ciclista da un fuerte beso en los labios a su director deportivo y finalmente, se funden en un emocionado abrazo. Los aficionados con maillot naranja rompen a aplaudir la escena. Caen lágrimas de felicidad.

Apéndice:

En 1989 Laurent Fignon perdió el Tour en la última etapa contrarreloj Versalles-Paris por ocho segundos. El ganador fue Greg Lemond. Perico Delgado, campeón del Tour de 1988, también “perdió” el Tour de aquel año al llegar tarde para tomar la salida en la etapa prólogo y dejarse más de dos minutos y medio. Eso cuentan.

JB 2011